



## La predicación como diálogo cultural

*Fr. Javier Carballo, O.P.*

Los últimos capítulos generales de la Orden subrayan que el diálogo es la principal actitud vital y espiritual del predicador del siglo XXI, es decir, es la forma de predicación de este tiempo. Así, el Capítulo de Bogotá (2007) afirma: “El predicador es en primer lugar el hombre del encuentro y del diálogo” (nº 47).

**Predicar y dialogar** no son disyuntivas, como si el diálogo fuera una alternativa a la predicación. Porque la predicación en diálogo es continuación de aquellas conversaciones que Jesús tenía con sus discípulos y con quienes se encontraba. Dios nos ha modelado para el diálogo: para el diálogo con Él, presencia cercana y misteriosa, elusiva y próxima, y para el diálogo que construye fraternidad. Hablar de Jesús es necesariamente una actividad dialógica, porque él fue un hombre de conversación. Jesús ofrece su mensaje abriendo un espacio al diálogo. En el Evangelio de Juan, por ejemplo, desde el inicio en la discusión de Juan Bautista con los sacerdotes y levitas, hasta el intercambio final en la playa de Jesús con Pedro, asistimos a conversaciones hondas, continuas, explicativas y largas. Recordemos que el término “homilía” viene de un vocablo griego que significa conversar. Timothy Radcliffe insiste: “la predicación está al servicio de la conversación, eso es la Iglesia... El diálogo es la nueva manera de hacer la Iglesia. El diálogo no es una alternativa a la predicación; es la predicación” (IDI 472, Mayo 2009, p. 127).

Uno de los principales **retos** del Cristianismo es cómo presentar a Jesús y el mensaje del Evangelio en la cultura/s contemporánea/s, con lo que tiene de una cultura fuertemente pluralista. A esta cultura nuestra nos solemos referir como una cultura secularizada, postsecularizada, postcristiana, multicultural e intercultural, en busca de identidad, con una presencia activa de la mujer, de la racionalidad científica y técnica... Son algunos de los rasgos de la cultura occidental. No olvidemos que, desde hace ya tiempo, se ha abandonado el concepto elitista de cultura para asumir un concepto antropológico: el modo de vivir, relacionarse y significar de un determinado grupo.

A la base de la preocupación por hallar estrategias culturales de evangelización o predicación está la convicción de que **la distancia entre la fe cristiana y la forma de vida de nuestra sociedad tiene mucho de “cultural”**. Pero atendemos muy poco a ello. No estudiamos los códigos de significación por los que se guía nuestra interacción en la vida diaria. Ni vemos la necesidad de dar forma a nuevos estilos bien inculturados de testimoniar y hacer presente el Evangelio. La **descristianización** en Europa tiene mucho de distancia cultural, no menos que en Asia o África.

La evangelización de la cultura no es una mera adaptación a las formas o gustos culturales de una época. El Evangelio desafía a todas las culturas. Procede de una cultura, pero por el Espíritu, que es principio de trascendencia, las cuestiona a todas. Tampoco es una expresión lograda del todo hablar de un “diálogo fe-cultura”, porque la fe está impregnada de elementos culturales y porque hablamos como creyentes formando parte de una cultura determinada. Dialogar con la cultura no es colocarse fuera de la cultura. Sería como pretender analizar el cerebro propio... utilizando -¡qué otro modo habría!- el propio cerebro.

La **evangelización de la cultura** pretende analizar lo cultural para mejor presentar el Evangelio, en correlación con la experiencia cultural contemporánea. Al mismo tiempo, busca incidir en la evangelización en las dimensiones culturales, en esas dimensiones en las que se configura la sustancia de una forma de vida. Sin duda que las instancias de mayor incidencia en una forma de vida son la economía, los medios de comunicación y la educación. Pero podemos pensar en algunos **ámbitos** más cercanos a nuestras posibilidades de incidencia para desarrollar estrategias de predicación cultural, como son los siguientes:

1. La educación de las nuevas generaciones.
2. Los medios de comunicación, especialmente Internet.
3. La predicación correlacionada con las artes, letras y música.
4. Los vínculos con personal e instituciones de la cultura “cualificada”.
5. Los espacios para el diálogo de la teología con la filosofía y la ciencia.
6. Los ámbitos para el acompañamiento espiritual en el ámbito de lo cotidiano.

7. Las plataformas donde lo cultural se orienta a la promoción social, a superar la exclusión y erradicar la pobreza, en conexión con la solidaridad internacional.

La predicación en perspectiva cultural demanda unas **actitudes y capacitaciones**:

1. Esfuerzo por hacer lúcidamente un análisis cultural continuo y compartido de nuestros ambientes, para detectar preocupaciones y necesidades y evaluar las formas como proponemos la fe.
2. Volver a los temas últimos y esforzarnos por correlacionar las necesidades humanas en el ámbito de lo cotidiano con el mensaje evangélico de sentido de la vida.
3. Una predicación de claro tronco bíblico y centrada en el hecho Jesucristo, fuente permanente de sentido.
4. Mayor profesionalidad comunicativa y la renovación de un lenguaje más emotivo y narrativo en la predicación, sobre todo en la homilética.
5. Reconocimiento más explícito de los aspectos positivos de la cultura contemporánea, y una irrenunciable actitud de diálogo y empatía hacia ella.
6. Poner en práctica en este diálogo la capacidad de suscitar preguntas antes de dar respuestas y ejercer con paciencia el “arte de proponer”.
7. Capacidad de participar y desarrollar proyectos de evangelización de la cultura en la Familia Dominicana, especialmente con el laicado.
8. Una gran sabiduría que nos capacite para entrar en diálogo con el mundo de la cultura contemporánea, la habitual-cotidiana y la “cualificada”, y afrontar las objeciones y críticas a la fe cristiana desde el pensamiento y desde la experiencia vital.
9. Y, por último, no olvidar que la palabra del predicador es una palabra con vocación de silencio. Si queremos *aprender a hablar y predicar en la cultura contemporánea*, debemos tener muy presente que no hay aprendizaje de habla que no exija un largo periodo de escucha y silencio. De la escucha podrá brotar la palabra eficaz.

El Capítulo General de Bogotá (2007) habla del **diálogo** como una opción de la predicación de la Orden y a la vez como una actitud que requiere de nosotros conversión. Dialogar exige **conversión**: *La predicación de la Orden está marcada por claras convicciones: promoción de la libertad, búsqueda de la verdad, actitud de diálogo, confianza en la inteligencia, atención a la humanidad de cada persona, esperanza en la comunión, respeto a cada uno en su búsqueda de la verdad. Nosotros mismos vamos buscando la verdad, estamos llenos de incertidumbres, y a veces somos poco hábiles para establecer el diálogo entre nosotros y con otros. Creemos sin embargo que esas convicciones confieren al predicador la misión de propiciar, a través del diálogo, un mundo de esperanza y de compasión, de promover los valores del Evangelio y de contribuir a revelar la presencia de Dios a los hombres.* (nº 78) Necesitamos conversión para saber dialogar y, al mismo tiempo, asumir que uno de los objetivos del diálogo es la conversión: ante todo no la de aquel con quien dialogo, sino la de uno mismo: *mi/nuestra* conversión. Es conversión a la verdad que siempre es mayor que mi comprensión. El diálogo verdadero lleva a la conversión de todos los interlocutores. No se suele ver esta relación de diálogo y conversión. Parece que la finalidad del diálogo es sólo la mutua comprensión: dialogamos para comprendernos. Pero el diálogo busca también nuestra conversión: busca una fe más auténtica y purificada y un testimonio más coherente. Busca una mayor purificación para poder acercarnos a la Verdad, que es Jesucristo.